

LOS SECRETOS DEL QUINTO MONTE

- © del texto: María González Forte
- © maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
- © portada: Punto Rojo Libros, S.L.
- © de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2018
Cuesta del Rosario, 8 Sevilla,
41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@punterojolibros.com
www.punterojolibros.com



Impreso en España • Unión Europea
Tercera edición: marzo 2018

ISBN: 978-84-17004-21-7

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

María González Forte

LOS SECRETOS DEL QUINTO MONTE

PUNTO●ROJO
libros

*A mi hija Cristina, siempre
crítica y entusiasmada.*

Índice

Súplicas.....	9
Convención de madres	17
La propuesta de Cristina.....	23
Un héroe en la familia de Elisa.....	25
Unas semanas antes	39
El gran día	43
El gran pantano	45
Los extraños buitres	53
Conversación nocturna.....	57
La extraña danza de los buitres negros	65
La denuncia en la vieja comisaría	71
La investigación.....	83
A vueltas con la pluma	93
La casa de Evaristo	95
El madrugón.....	99
Nuevo intento de búsqueda	103
Los secretos del Quinto Monte.....	107
La vuelta con las amigas	119
La exposición del trabajo de Cristina	123
Epílogo	125

Súplicas

Tras la recogida de las calificaciones y la consiguiente fiesta de despedida, aquella noche de viernes de mediados de junio, los padres de Marga, como otros padres, estaban exultantes.

—Has sacado unas notas muy buenas, hija. Estamos muy orgullosos.

Y añadió Ángela, su madre:

—Oye, no nos dijiste que serías la encargada de hacer la lectura del discurso de fin de curso. ¿Ya no lo hacen los alumnos mayores?

—No, mamá. Los profesores han decidido turnar las presentaciones entre todos los cursos en los actos que se invitan a los padres: La Navidad, la fiesta de Andalucía... Este año el fin de curso nos tocó a nosotros.

—¿Te lo encargó el tutor?

—No, que va. Suele hacerse por votación en la clase. Nos eligieron a Óscar y a mí.

La señora sonrió. No podía estar más feliz. Minutos antes su hija subió al escenario del salón, con el pelo negro ligeramente recogido en la nuca y largos mechones resbalándole por los hombros. Estaba espectacular, con su vestido azul añil que le favorecía tanto ¿Cómo puede mantenerse sobre esos tacones tan altos? ¿Por qué se los prestaría Elisa? Se puede caer... No era pasión de madre. Marga era guapa, lista, buena hija. Parecía mayor. O tal vez lo que pasaba es que ya era mayor y a ella le costaba admitirlo. En diciembre cumpliría catorce años.

Al lado estaba su compañero de la guardería, Óscar, alto, guapísimo con su clásico remolino en la frente que le daba tanta gracia a la cara. Los dos sonreían. Abrieron unos folios. Fueron leyendo el discurso ensayado tantas veces.

Los pensamientos se le desbocaban y no quería reflejarlos demasiado que luego a su hija, le molestaba tanto halago. Se limitó a decir:

—Pues habéis estado francamente bien ¡Qué reservada eres! ¿Cómo puedes callarte algo tan importante?

—Es que lo preparamos entre unos cuantos. No tiene tanto mérito. Bastaba con ir recordando las cosas más agradables que nos pasaron, o las que nos hicieron reír más. Como cuando nos quedamos encerrados en el laboratorio...

La madre comenzó a dar marcha atrás al tiempo.

—Y Óscar, con lo petardo que era de pequeño. Menudo personaje. Anda que no hizo correr nada a sus padres por el parque trepando a los árboles y escondiéndose entre los matorrales, que menudo sustos les daba. A nada que se despistaran, el niño se les perdía. Y ahora está tan guapo... y nada menos que leyendo el discurso del fin de curso. Bueno. Mejor así.

Salieron del centro y se subieron al coche que les llevaría hasta su casa. En el pueblo las distancias eran cortas, no obstante, no fueron andando por los elevados tacones que la chica llevó en el evento. El padre de Marga metió el coche en su garaje sin dificultad, con la experiencia de haberlo hecho mil veces. La madre ya tenía la llave preparada y pasaron a la vivienda sin hacer ruido porque era demasiado tarde y siempre había algún vecino que madrugaba.

Apenas entraron la chica se descalzó. Recogió sus zapatos del suelo y cuando se disponía a marchar a su dormitorio para ponerse el pijama el padre la retuvo, la apretó contra él y añadió sonriendo:

—Ha sido un acto muy emocionante. Supongo que te mereces un buen regalo y que ya lo tendrás más que pensado, ¿no?

Le devolvió la sonrisa, pero miró a su madre porque lo que quería iba a depender más del visto bueno de ella:

—Pues sí mamá, quiero que me dejes ir de campamento con Elisa y Cristina a la sierra, a despejarnos de libros y despertadores.

Ángela, la madre de Marga solía ser muy tolerante con las concesiones a su hija, pero eso de irse de campamento, era una insensatez en toda regla.

—Ni hablar del asunto. Ya me preguntó la madre de Elisa, por qué no te dejaba ir. Y le expliqué que para ser la primera vez, diez días son demasiados. Y más tú, que nunca quisiste ir ni un fin de semana al campo. No conozco a los nuevos monitores, no sé cómo son los otros chicos que van.

“Asesinos y drogadictos, mamá.” Pensó de guasa. Pero no lo verbalizó porque no renunciaba a ganar esa batalla. Así que sin acalorarse demasiado, respondió como había planeado:

—Pero la gente cambia, ¿no? Ahora puedo querer. A Elisa y a Cristina las dejan. Las dejaron siempre. Igual como tienen más hermanos...

—Pero qué impertinente eres.

—A ver mamá, ¿qué me va a pasar? Tengo...

—¡No me levantes la voz! ¿Crees que no sé los años que tienes? Pero eres de Diciembre. La menor de la clase. Tus amigas de Enero, un año más. No se te olvide.

—Pues si valgo para estudiar lo mismo es justo que me pueda alejar diez días de casa ¿no?

—No—, dijo la madre sin inmutarse.

—¿Y tú eres la que dices que estás orgullosa de que sea responsable? Pues no te entiendo mamá, porque parece que no te fías de mí.

—¡Qué no! No es cuestión de fiarme. No me quieras liar—. Hizo una pausa para volver a repetir ante la cara compungida de la hija.

—¡No me mires así, Marga! Pero te aviso ya que eso no.

La mujer trató de justificarle su respuesta negativa:

—Llevas poco tiempo con el grupo de los montañeros, no tienes ni idea de cómo montar una tienda, nunca has dormido en un saco en el suelo... Te puede pasar un problema grave por culpa de tu alergia y prefiero que te enfades tú ahora que llorar yo toda la vida—. Concluyó con un:

—Tienes demasiada prisa en ser independiente. Tiempo al tiempo.

Según avanzaban estos razonamientos, se hacía evidente un cambio de gesto en la cara de la hija que entró en su dormitorio muy enfadada. Regresó a los pocos minutos en pijama y bata al salón, como hacía cada anocheecer. La madre trató de hacerla entrar en razón:

—Creo que es mejor que no te enfades tanto. Es más, creo que no debes de enfadarte ni siquiera un poco y trata de entenderme. No tienes experiencias de acampadas como para meterte por esos montes de Dios... Tus amigas llevan desde los diez años. Están acostumbradas a marchas. Pero Marga, hija, si vivimos apenas a mil metros del colegio y te encanta que te lleven en el coche para no tener que cargar con la mochila ¿Te imaginas cuatro o cinco kilómetros con una tienda a cuestas?

La hija elevó la voz mirándolos fijamente.